

La pobreza en España

Es frecuente leer en la prensa informaciones sobre

fenómeno tan complejo como la pobreza, es lógico esperar que ni los conceptos y definiciones sean únicos ni los métodos de medida estén exentos de problemas.

El concepto de pobreza. ¿Qué se entiende por pobre?. Se dice que lo es aquel cuyos recursos son tan escasos que no le permiten

**PILAR
MARTÍN
GUZMÁN***

**«¿Qué se entiende por
pobre?. Se dice que lo es
aquel cuyos recursos son
tan escasos que no le
permiten satisfacer sus**

*Catedrática de Estadística. Universidad Autónoma de Madrid.

satisfacer sus necesidades esenciales. Pero esta afirmación no resuelve el problema: simplemente lo plantea de otra forma. Porque ¿cuáles son estas necesidades esenciales?

En muchos países aún se consideran como tales una nutrición mínima, un techo bajo el que cobijarse y algo de abrigo con que protegerse de la intemperie. Pero el desarrollo económico genera niveles de exigencia crecientes, de manera que una brumadora mayoría de nuestros conciudadanos reputarían también como necesarios bienes que en otros grupos sociales son perfectamente prescindibles, o incluso inexistentes. Quien por falta de recursos no pueda disponer de un televisor, o de un frigorífico, sin duda será considerado pobre. Sin embargo los españoles más ricos del siglo pasado se las arreglaban para vivir bastante bien sin ninguno de estos objetos. Por otra parte, en sociedades más opulentas que la nuestra el automóvil ha pasado a ser artículo de primera necesidad.

Todo esto nos lleva a concluir que la caracterización de la pobreza difiere para las distintas sociedades, y cambia con el transcurso del tiempo. La relatividad de este concepto ya fue apuntada por Adam Smith, quien la definió como "la imposibilidad de cubrir necesidades de las que la gente digna, incluso de la categoría más baja, no puede, de acuerdo con las costumbres del país, prescindir". Unos doscientos años más tarde el Consejo de Europa ha declarado que "se considerarán pobres aquellas personas, familias o grupos de personas a quienes la limitación de sus recursos —culturales, materiales y sociales— excluye del tipo de vida mínimo considerado aceptable en el estado miembro en que residan". Vemos, pues, que en nuestro entorno la pobreza viene relacionándose con la exclusión del derecho que tiene todo ciudadano, por el hecho de serlo, a participar de un cierto tipo de vida para el cual se requiere un nivel de renta mínimo.

Lo que fundamentalmente interesa es identificar al colectivo de pobres, es decir, detectar las llamadas bolsas de pobreza, o grupos sociales cuyas especiales características les hacen más vulnerables a ella, con objeto de poder concentrar sobre estos grupos las medidas de acción social. Para ello, seleccionar un conjunto de bienes y servicios esenciales, y calificar como pobre al que no disfruta de ellos es una vía posible pero complicada. En primer lugar porque, como hemos dicho, es muy difícil establecer en cada caso concreto la frontera entre los bienes esenciales y los superfluos. Por otra parte algunos individuos con niveles económicos aceptables pueden decidir prescindir, por otro tipo de razones, de algunos de los bienes que socialmente se consideran básicos. Se dan casos de ciudadanos con alta capacidad adquisitiva que prefieren vivir sin televisión, teléfono o automóvil.

«Por eso se tiende a analizar la pobreza con indicadores económicos. Concretamente, lo que suele hacerse es construir lo que se llama una "línea de pobreza".»

Por eso se tiende a analizar la pobreza con indicadores económicos. Concretamente, lo que suele hacerse es construir lo que se llama una "línea de pobreza". Partiendo de ella se fija el umbral de la

pobreza, o cantidad de dinero necesaria para poder participar de ese nivel de vida mínimo considerado aceptable.

La primera línea de pobreza fue elaborada por Rowntree para Inglaterra en 1901 basándose en una cesta mínima de bienes y servicios indispensables. La valoración a precios de mercado de este conjunto de bienes y servicios determina la renta mínima necesaria para su adquisición, que se toma como umbral de pobreza. Los individuos cuyas rentas quedan por debajo de este umbral no pueden acceder a la cesta mínima, por lo que son calificados como pobres.

El problema vuelve a ser el de decidir cuáles son los bienes y servicios a incluir en la cesta. Es relativamente fácil fijar mínimos en alimentación. Pero suele ser bastante complicado establecerlos en otros aspectos de la actividad humana, como son el vestido, el ocio o el equipamiento del hogar. En los Estados Unidos se comprobó durante los años cincuenta que los gastos de las familias en alimentación venían a suponer una tercera parte de sus gastos totales. En vista de ello Mollie Orshanski decidió modificar la línea de Rowntree fijando solamente una cesta básica de alimentación, y estableciendo como umbral de pobreza el triple del coste de esta cesta. Este es el método que aún se utiliza en los países americanos de tradición anglosajona para identificar al colectivo de pobres. Aunque es de aplicación más fácil que el de Rowntree, no está exento de críticas. La fundamental es que, de acuerdo con las conocidas leyes de Engel, a medida que una sociedad se enriquece va destinado a alimentación proporciones decrecientes de su renta, de manera que ese factor tres está muy lejos de ser universalmente válido. En realidad, ni siquiera lo es ya para los Estados Unidos. Según las últimas encuestas sus habitantes sólo destinan actualmente a alimentación por término medio una cuarta parte de sus gastos.

Los países de la Unión Europea han optado por una definición alternativa de pobreza: es pobre aquel cuyos ingresos son inferiores a la mitad de los ingresos medios del país, y pobre extremo el que ingresa menos de la cuarta parte de estos ingresos medios. Son las llamadas líneas de pobreza relativa. Vemos que el umbral ya no se construye sobre el coste de bienes y servicios concretos, sino sobre los ingresos promedio de un determinado colectivo en un momento dado. De manera que puede muy bien ocurrir que un individuo calificado como pobre en Dinamarca tenga unos ingresos superiores —y seguramente un nivel de vida más elevado— que otro que está por encima de su umbral en Grecia. Así resulta que las clasificaciones obtenidas con este método tienen sentido en un determinado contexto, y deben interpretarse dentro de él.

Un posible tercer enfoque es el conocido como pobreza subjetiva. Con él se trata de analizar no tanto al que es pobre sino al que se siente pobre. Si el concepto de pobreza se relaciona con el de exclusión parece

«Es interesante observar que buena parte de los insatisfechos no se clasificarían como pobres con criterios objetivos y que, por el contrario, muchos de los pobres objetivos parecen haberse acomodado bastante bien a su pobreza y sentirse razonablemente satisfechos "»



razonable considerar ésta en su sentido más amplio, que sin duda tiene un importante componente subjetivo. Ya Séneca, en una de sus Epístolas morales a Lucillo, nos dice que "quien de buen grado se acomoda con la pobreza es rico". Existen encuestas que permiten evaluar la percepción de los hogares respecto a su situación económica. Los que se perciben a sí mismos como pobres constituyen lo que podríamos llamar bolsas de insatisfacción. Es interesante observar que buena parte de los insatisfechos no se clasificarían como pobres con criterios objetivos y que, por el contrario, muchos de los pobres objetivos parecen haberse acomodado bastante bien a su pobreza y sentirse razonablemente satisfechos.

Problemas en la medición de la pobreza. Siendo tradicionalmente la familia la célula básica de organización social, se acepta en general que todas las personas que conviven en un mismo hogar disfrutan del mismo nivel de vida. Por ello es el hogar la unidad de estudio que habitualmente se considera en los análisis de pobreza. La información estadística suele tomarse de las Encuestas de Presupuestos Familiares, que son encuestas dirigidas a los hogares.

Esto crea ya un primer problema, pues significa que quedan excluidos de estas encuestas todos los sin hogar y los que viven en hogares colectivos, tales como residencias de la tercera edad, hospitales, conventos, etc. La proporción de la población excluida es pequeña, y su incidencia en la mayoría de los estudios que se llevan a cabo sobre estas encuestas es mínima. No así en un análisis de la pobreza, pues se prescinde de grupos especialmente significativos, compuestos en buena medida por individuos en situación de marginación extrema, o próximos a ella. En concreto los sin hogar, es decir, los que seguramente son los más pobres, son tremendamente difíciles de localizar e identificar, precisamente por la movilidad que caracteriza su forma de vida.

Pero además estas encuestas son de respuesta voluntaria, y de hecho el porcentaje de negativas a colaborar en ellas es apreciable. No se sabe hasta qué punto hogares al borde del analfabetismo funcional, o constituidos por emigrantes —sobre todo si son ilegales— se muestran especialmente reacios a contestar. Si este fuera el caso la información subestimaría dos de las bolsas más típicas de pobreza.

Otra cuestión a decidir es si los ingresos del hogar son mejor indicador de su nivel de vida que los gastos, o si por el contrario es preferible considerar estos últimos. No hay acuerdo sobre este punto en la Unión Europea. Es frecuente que los países mediterráneos se inclinen por los gastos, aduciendo como razón para ello la escasa fiabilidad de las cifras de ingreso declaradas por las propias familias. Los países nórdicos, por el contrario, se decantan más bien a favor de los ingresos, ya que los gastos efectuados por un hogar pueden venir afectados por eventos extraordinarios —como

pueden ser una boda, una enfermedad, o la compra de un coche— y dar una imagen distorsionada de su verdadero nivel de vida. Además, estos gastos se recogen con referencia a una semana concreta que se va rotando a lo largo del año, con lo que los hogares entrevistados en determinadas épocas van a aparecer con un nivel de gastos superior al que es habitual en ellos.

La realidad es que la elección del indicador suele condicionar bastante los resultados del estudio. En nuestro país, por ejemplo, la pobreza medida en el criterio del gasto afecta especialmente a los hogares de mayores de 65 años. En cambio con el indicador ingresos estos hogares aparecen bastante bien situados, y los mayores porcentajes de pobreza se dan en hogares jóvenes. Parece que nuestros mayores, acostumbrados como están a unas formas de vida austeras, mantienen pautas de consumo bajas en comparación con las generaciones más jóvenes.

Aún habría que mencionar otro problema. Aunque en estos análisis la unidad de estudio es el hogar, la unidad de medida tiene que ajustarse de alguna manera al número de miembros que lo componen. A igualdad de ingresos o gastos globales un hogar formado por seis personas disfrutará obviamente de un nivel de vida menor que uno de tres. En lugar de utilizar como referencia las cifras globales parece más adecuado tomarlas per cápita, es decir, ingresos o gastos por persona.

Pero esto supone ignorar las economías de escala derivadas de la convivencia. Las personas que viven en un mismo hogar comparten una serie de bienes y servicios, con el consiguiente ahorro, de manera que una familia de dos personas no necesita percibir el doble de ingresos que un hogar unipersonal para disfrutar de un nivel de vida equivalente. Quizá le baste con el 175 por ciento. O incluso con el 150 por ciento. Si aceptamos estos resultados y los incorporamos a nuestro estudio, el gasto o ingreso que utilizaremos para medir el bienestar en ese hogar no será el que resulte de dividir las cifras globales del hogar por dos, sino por 1,75 ó 1,5. La consecuencia de tomar en consideración estas escalas es que asignaremos a los hogares de pequeño tamaño un nivel de vida más bajo que el que le correspondería si no las hubiéramos tenido en cuenta, en tanto que las familias numerosas aparecerán favorecidas. Pero la construcción de estas escalas de equivalencia para cada tamaño de hogar no es nada fácil. De hecho, no existe ninguna de aceptación universal. Distintos autores utilizan escalas diferentes, con el resultado de que los hogares clasificados como pobres por cada uno de ellos no serán necesariamente los mismos.

La pobreza en España hoy. De todo esto se desprende que cualquier resultado relativo a la pobreza ha de acompañarse de una descripción del concepto y método con que se ha obtenido.

Por ejemplo, los medios de comunicación han afirmado recientemente que el 19 por ciento de los hogares españoles — aproximadamente uno de cada cinco— son pobres, y un 2,1 por ciento son pobres extremos. Esto significa exactamente que, dentro del tipo de población recogida por la Encuesta de Presupuestos Familiares de 1990-91, un 19 por ciento de los hogares tienen unos gastos inferiores a la mitad de la media nacional, y un 2,1 por ciento gastan menos de la cuarta parte de este valor medio. Cuando se toman los ingresos como unidad de medida, los porcentajes son del 16,6 por ciento y 2,1 por ciento respectivamente. El concepto utilizado para su identificación es el de la pobreza relativa.

Esta pobreza se distribuye de manera bastante desigual por la geografía española pues, medida sobre el gasto, oscila entre el 40,8 por ciento en Extremadura y el 5,9 por ciento en Rioja. También se detectan diferencias entre el mundo rural y el urbano, ya que la proporción de pobres decrece a medida que aumenta el tamaño del municipio, pasando del 33,8 por ciento en los menos de 2.000 habitantes al 8,8 por ciento en los de más de 500.000. Pero sin duda la característica con mayor capacidad diferenciadora es el nivel de estudios: el porcentaje de pobres es 22 veces mayor entre los analfabetos o sin estudios que entre los universitarios. De hecho en el 90 por ciento de los hogares clasificados como pobres el sustentador principal de la familia no rebasa el nivel de estudios primarios.

¿Cómo quedarían clasificados estos hogares si se utilizaran criterios de pobreza absoluta o privación? De los identificados como pobres basándonos en sus ingresos el 66,4 por ciento son propietarios de la vivienda que habitan, y el 54,2 por ciento tienen automóvil. Entre los pobres extremos estos porcentajes resultan ser del 50,4 por ciento para la vivienda y del 39,8 por ciento para el coche. Bien es verdad que el 36 por ciento de los pobres y el 50,8 por ciento de los pobres extremos afirma tener serios problemas para llegar a fin de mes.

Cuando se mide la percepción que los hogares españoles tienen de su situación, resulta que un 3,9 por ciento de ellos se autocalifican como pobres. Curiosamente las bolsas de insatisfacción no se corresponden exactamente con las de pobreza. Por ejemplo, la proporción de hogares que se consideran pobres en Baleares es superior a la de Extremadura, siendo así que con criterios objetivos la proporción de pobres de ésta es cinco veces superior a la de aquella. También se caracterizan por mostrar altos niveles de insatisfacción en relación con su posición objetiva los hogares ubicados en municipios de más de 500.000 habitantes.

«Esta pobreza se distribuye de manera bastante desigual por la geografía española pues, medida sobre el gasto, oscila entre el 40,8 por ciento en Extremadura y el 5,9 por ciento en Rioja.»



Resumiendo, podemos decir que de los españoles que viven en hogares tenemos una información bastante completa, que nos permite analizar las características de los peor dotados económicamente. Pero de los más pobres, de los que carecen de hogar, sabemos muy poco. Y sobre todo, no sabemos cuántos son.